

BRUNO SCHULZ

**El Libro
La época genial**



MALDOROR ediciones



BRUNO SCHULZ

EL LIBRO
LA ÉPOCA GENIAL

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:
Księga; Genialna epoka
[texto extraído de *Sanatorium pod klepsydrą*]
Wydawnictwo Literackie, Kraków 1973

© Primera edición: 2003
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 10 : 84-607-7913-0

MALDOROR ediciones, 2003
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

EL LIBRO
LA ÉPOCA GENIAL



EL LIBRO

I

Lo llamo simplemente el Libro, sin más epítetos ni definiciones, y hay en esa mesura como un suspiro de impotencia, una silenciosa capitulación ante la inmensidad de lo trascendente, porque ninguna palabra, ninguna alusión sabrían brillar, aromar, vibrar con ese escalofrío de pavor, con ese estremecimiento de lo innombrable cuyo solo anticipo en la punta de la lengua supera nuestra capacidad de asombro.

¿De qué podrían servir los adjetivos patéticos y la espuma grandilocuente de epítetos ante lo inconmensurable, ante ese esplendor indecible? Además el lector, el verdadero lector a quien se dirige este libro, lo comprenderá cuando le mire fijamente a los ojos, y, en su mismo fondo, brille con el fulgor de la revelación.

En esa mirada breve y penetrante, en un furtivo apretón de manos, él comprenderá, aceptará, reconocerá y bajará los ojos maravillado por la profundidad de su comprensión. ¿Acaso, bajo la mesa que nos separa, no permanecemos todos secretamente cogidos de la mano?

El Libro... Antaño, en la aurora de mi infancia, en los primeros albores de mi vida, su tenue luz iluminaba el horizonte. Reposaba colmado de gloria sobre el escritorio de mi padre, que, absorto en sus páginas y en silencio, frotaba pacientemente con un dedo humedecido en saliva la superficie de aquellas calcomanías, hasta que el papel ciego comenzaba a nublarse, a enturbiarse, a vislumbrarse con un beatífico presentimiento, y, de repente, se esca-

maba en briznas de secante papel descubriendo un borde ocelado y pestañeante, y la mirada, desfalleciendo, entraba en el alba virginal de tonalidades divinas, en el maravilloso rocío de los más límpidos azules.

¡Oh! esa venda caída de mis ojos, ¡oh! esa invasión de esplendor, ¡oh! esa sagrada primavera, ¡oh, padre!...

A veces, mi padre dejaba el Libro y salía. Entonces, yo me quedaba solo con el Libro, y el viento atravesaba sus páginas y las imágenes se levantaban. Y cuando el viento lo hojeaba silenciosamente, agitando colores y figuras, un estremecimiento recorría las columnas del texto, dejando escapar de entre las letras vuelos de golondrinas y alondras. Así, página tras página volaban, esparciéndose en el aire, fundiéndose suavemente en el paisaje y saciándolo de colores. A veces, el Libro dormía y el viento soplaba sobre él suavemente, como sobre una rosa de cien pétalos, abriendo su corola, pétalo tras pétalo, párpado a párpado, ciegos, aterciopelados y dormidos, ocultando en su seno una pupila azul, la pureza tornasolada de un pavo real, un nido de reverberantes colibríes.

Eso ocurrió hace mucho tiempo. Mi madre todavía no estaba. Yo pasaba los días a solas con mi padre, en nuestra habitación grande como el mundo.

Los cristales prismáticos que colgaban bajo la lámpara llenaban la estancia de dispersos colores, un arco iris que se reflejaba en todos los rincones, y, cuando la lámpara giraba sobre sus cadenas, la habitación entera oscilaba con los fragmentos del arco iris, como si las esferas de los siete planetas se deslizasen unas dentro de otras al girar. Me gustaba agazaparme entre las piernas de mi padre, abrazándolas igual que a columnas. A veces, él escribía cartas. Sentado sobre su escritorio, yo seguía fascinado las circunvoluciones de su firma, complicadas y vibrantes como los trinos coloratura de un cantante.

En el tapizado de las paredes brotaban sonrisas, se iluminaban pupilas, saltaban fantásticos acróbatas. Para distraerme, mi padre, con ayuda de una larga paja soltaba en el espacio arcoirisado pompas de jabón, que golpeaban contra las paredes y estallaban dejando en el aire sus colores.

Después, apareció mi madre y aquel idilio temprano y claro llegó a su fin. Seducido por las caricias de mi madre, abandoné a mi padre, mi vida siguió un cauce nuevo, diferente, sin fiestas ni milagros, y quizás hubiese olvidado para siempre el Libro si no hubiera sido por aquella noche y este sueño.

II

Me desperté un oscuro amanecer invernal –bajo el peso de la umbrosidad ardía, muy en el fondo, una aurora lúgubre– y, teniendo aún bajo los párpados un sinfín de inquietantes figuras y signos, me puse a delirar confusamente, con pena y vanas lamentaciones, por el viejo Libro perdido.

Nadie me comprendía; entonces, irritado por aquella falta de perspicacia, preguntaba a mis padres con más insistencia, hostigándolos febrilmente.

Descalzo, en camisón de dormir, temblando de excitación, inspeccioné toda la biblioteca de mi padre, y, después, decepcionado, furioso, intenté describir a un estupefacto auditorio aquella cosa indescriptible que ninguna palabra, ninguna imagen trazada con mi estirado y tembloroso dedo podían igualar. Me agotaba en infinitos relatos llenos de confusión y contradicciones, llorando de impotencia y desesperación.

Me miraban confundidos y desamparados, avergonzados de su ignorancia. En su fuero interno, ellos sabían que no estaban sin culpa. Mi violencia, mi tono impaciente y furioso, otorgaban a mi súplica una apariencia de justicia, la superioridad de una reclamación bien fundada. Se precipitaban con toda clase de libros que ponían en mis manos. Yo los rechazaba con indignación.

Uno de esos volúmenes, un *infolio* grande y pesado, me lo proponía mi padre una y otra vez con tímida obstinación. Lo abrí. Era la Biblia. En sus páginas vi la gran migración de los animales, río fluyendo sobre las rutas, bifurcándose, esparciéndose en desfiles por un país lejano, vi el cielo colmado de vuelos de pájaros y de batir de alas, una enorme pirámide invertida cuyo lejano vértice tocaba el Arca. Yo levanté una mirada llena de reproche hacia mi padre: – Tú lo sabes, –exclamé–, tú lo sabes bien, padre, no lo niegues, no disimules. ¡Este libro te ha descubierto! ¿Por qué me das este agotado apócrifo, esta milésima copia, esta vulgar falsificación? ¿Dónde está el Libro?

Mi padre desvió la mirada.

III

Pasaron las semanas y mi emoción fue decayendo, apaciguándose, mas la imagen del Libro continuaba ardiendo en mi alma con una llama clara, gran Códice luminoso, agitada Biblia, a través de sus páginas el viento soplaba devastándolo como a una gran rosa marchita.

Mi padre, viéndome más tranquilo, se acercó un día con cautela y dijo con un tono de suave persuasión:



– En el fondo, sólo existen los libros. El Libro es un mito en el que creemos en nuestra juventud, pero a medida que los años pasan, dejamos de tomarlo en serio.

Por aquel entonces yo tenía una opinión diferente, sabía que el Libro era un imperativo, un deber. Sentía sobre mis hombros el peso de una gran misión. No respondí nada, lleno de desprecio, de un sombrío y empecinado orgullo. En efecto, en aquel momento estaba ya en posesión de un fragmento del Libro, de aquellos penosos restos que un extraño golpe del destino había puesto entre mis manos. Ocultaba cuidadosamente mi tesoro ante todas las miradas, dolido por la profunda caída de aquellos mutilados vestigios para los cuales no hubiera podido ganar la estima de nadie.

He aquí cómo ocurrió eso.

Un día invernal de aquel año, encontré a Adela, durante las tareas de limpieza, con una escoba en la mano, apoyada contra una mesa sobre la que yacían jirones de un volumen. Me asomé por encima de su hombro, no tanto por curiosidad cuanto para embriagarme con el olor de su cuerpo, cuyo juvenil encanto se había revelado antes a mis despiertos sentidos.

– Mira –dijo, admitiendo sin protestar la presión de mi cuerpo–, ¿es posible que a alguien le pueda crecer el cabello hasta el suelo? Me gustaría tener un pelo así.

Miré la ilustración. En una gran página *in folio* vi la imagen de una mujer de formas bastante opulentas, cuya cara delataba energía y experiencia. De la cabeza de aquella mujer fluía un enorme manto de cabellos descendiendo a lo largo de su espalda y que llegaba hasta el suelo, por el que arrastraba las puntas espesas de sus trenzas. Era un increíble capricho de la naturaleza, un abrigo amplio, en pliegues, saliendo del mismo cráneo; y era difícil imaginar que su peso no provocara un dolor punzante, no

inmovilizara la cabeza que soportaba esa carga. Sin embargo, la propietaria de tal maravilla parecía llevarla con orgullo, y el texto impreso al lado en caracteres gruesos contando la historia de ese milagro comenzaba con estas palabras: *“Yo, Anna Csillag, nacida en Karlowice, Moravia, sufría de un débil crecimiento del cabello...”*

Era una larga historia que en su construcción se parecía a la de Job. Anna Csillag, por voluntad divina, estaba aquejada por un débil crecimiento de su cabello. Todo el pueblo se compadecía de su desgracia, que se le perdonaba en vista de su irreprochable vida, aunque, en el fondo, no pudo ser completamente inmerecida. Pero he aquí que, como consecuencia de sus fervientes plegarias, la maldición que pesaba sobre ella desapareció: Anna Csillag, iluminada por la gracia, recibió signos y augurios, y preparó un ungüento, un remedio milagroso que devolvió la fertilidad a su cuero cabelludo. No sólo a ella comenzó a crecerle el pelo: su esposo, sus hermanos, sus primos, de un día para otro desarrollaron una tupida y negra zalea. En la página siguiente aparecía Anna Csillag, seis semanas después de haberle sido revelada la receta, rodeada de sus hermanos, cuñados y sobrinos, bigotudos y dotados de barbas que les llegaban hasta la cintura, y se observaba con admiración aquella explosión de una auténtica virilidad salvaje. Anna Csillag hizo feliz a todo su pueblo, sobre el que hizo caer una verdadera bendición bajo forma de ondulantes cabelleras y enormes crines, y cuyos habitantes barrían el suelo con sus barbas anchas como palas. Anna Csillag se convirtió en el apóstol de los cuerpos velludos. Tras haber hecho feliz a su pueblo natal, deseó hacer feliz al mundo entero y pedía, animaba, suplicaba que se aceptase, para la salvación de su alma, ese don divino, ese remedio milagroso del que sólo ella conocía el secreto.

Leí esa historia inclinado sobre el hombro de Adela, y, repentinamente, surgió en mí una idea que me hizo arder. ¡Ese era el Libro, sus últimas páginas, su anexo oficioso, la última recámara llena de residuos y despojos! Los fragmentos del arco iris comenzaron a girar reflejándose en los vibrantes tapices, yo arranqué de las manos de Adela los jirones del volumen, y con una voz que parecía no obedecerme dije:

– ¿De dónde lo has sacado?

– Tonto –dijo, encogiéndose de hombros–, pero si está aquí desde siempre y cada día arrancamos sus hojas para envolver la carne del carnicero y el desayuno de tu padre...

IV

Corrí hacia mi habitación. Profundamente conmovido, con la cara ardiente, empecé a hojear aquellas dañadas páginas con manos temblorosas. Desgraciadamente, apenas eran unas cuantas páginas. Ni una sola del verdadero texto, nada más que avisos y anuncios publicitarios. Inmediatamente después de las profecías de la Sibila de los largos cabellos, venía una página dedicada a un remedio prodigioso contra todas las enfermedades y desgracias. *Elsa –loción con cisne–*, se llamaba el bálsamo, y hacía milagros. La página estaba saturada de testimonios certificados, de conmovedores relatos de personas curadas milagrosamente.

De Transilvania, de Slavonia, de Bucovina llegaban gentes curadas, entusiasmadas, para testimoniar y contar su historia con palabras emocionadas y cálidas. Avanzaban

encorvados y cubiertos de vendajes, después, fustigando el aire con sus innecesarias muletas, se arrancaban el esparadrapo de sus ojos y las vendas de sus escrófulas. A través de esos peregrinajes de enfermos se veían pequeños pueblos tristes y lejanos con un cielo blanco como el papel, endurecidos en una vida prosaica. Eran lugares olvidados en el fondo del tiempo, donde las gentes permanecían atadas a sus modestos destinos y de los que no se separaban ni por un instante. Un zapatero era zapatero hasta la médula, olía a cuero, tenía una cara pequeña y demacrada, de pálidos ojos miopes encima de un bigote incoloro y husmeante, se sentía un alma de zapatero. Y a poco que las úlceras no les hiciesen sufrir, que los reumatismos no les torciesen los huesos, que el edema no les postrase en sus camastros, eran felices con una felicidad apagada, incolora, fumaban un tabaco barato, el tabaco amarillo real-imperial o soñaban despiertos, entumecidos, delante del quiosco de lotería.

Los gatos les cortaban el camino, apareciendo por la izquierda o la derecha, soñaban con un perro negro y vislumbraban su suerte en la palma de la mano. A veces copiaban cartas de un "Manual Epistolar", pegaban cuidadosamente el sello y, desconfiados, dudosos, encomendaban el sobre al buzón que golpeaban con el puño como para despertarlo. Después, blancas palomas con las cartas en sus picos atravesaban sus sueños y desaparecían entre las nubes.

Las páginas siguientes se elevaban por encima de la esfera de los asuntos cotidianos, hacia las regiones de la poesía pura.

Había en ellas armonías, cítaras y arpas, antaño instrumentos reservados a los coros de los ángeles, y hoy, gracias al progreso industrial, accesibles al hombre sencillo, al pueblo temeroso de Dios, y que aportaban, por un pre-



cio módico, el consuelo moral y una sana distracción. Había organillos, verdaderos milagros de la técnica, llenos de flautas, de gargantas y caramillos ocultos en el interior, tubos que cantaban dulces gorjeos, nidos de sollozantes ruseñores, tesoro inestimable para los inválidos, fuente de ingresos para los enfermos, indispensables en general en cada hogar donde se amaba la música. Se veían esos organillos, bellamente pintados, viajando sobre la espalda de apagados viejecillos con los rostros carcomidos por la vida, borrosos, como cubiertos de telarañas, de ojos lacrimosos, inmóviles, que se secaban lentamente, rostros en los que la vida se había agotado, tan descoloridos e inocentes como la corteza de los árboles agrietada por las intemperies, y como ella insensibles a todo salvo a la lluvia y al cielo.

Hace mucho tiempo que han olvidado su nombre y quienes eran, perdidos en sí mismos, con las rodillas dobladas, se arrastraban con pequeños pasos medidos, en sus enormes botas, siguiendo una línea completamente recta, igual, entre las evoluciones sinuosas y complicadas de los transeúntes.

Las mañanas blancas, sin sol, endurecidas por el frío, sumidas en los asuntos cotidianos de la vida, ellos se separaban furtivamente de la muchedumbre, colocaban el organillo sobre un caballete, en un cruce de calles, bajo la amarilla cinta del cielo cortada por el hilo telegráfico, entre gentes apáticas, distraídamente apresuradas, que habían alzado el cuello de su abrigo, y comenzaban su melodía no por el principio sino en el punto donde la habían interrumpido la víspera, y tocaban: "Daisy, Daisy, dame tu respuesta..." mientras que por encima de las chimeneas se hinchaban blancos penachos de humo. Y, cosa extraña, apenas iniciada, aquella melodía saltaba enseguida sobre un hueco libre, encontraba su sitio en aquella

hora, y en aquel paisaje, como si desde siempre hubiera pertenecido a ese día pensativo, abismado en sí mismo, y los grises pensamientos, las difusas preocupaciones de las gentes apresuradas seguían su ritmo.

Y cuando después terminaba en un largo gemido arrancado de las entrañas del organillo, que enseguida iniciaba una melodía diferente, los pensamientos y las preocupaciones se detenían un instante, como se hace durante un baile para cambiar de paso, y, después, maquinalmente, se ponían a girar en el sentido opuesto, al compás de una nueva música que brotaba de los tubos del instrumento: “Margarita, tesoro de mi alma...”

En la monótona indiferencia de esa mañana, nadie se dio cuenta de que el mundo había cambiado radicalmente de dirección, que ya no seguía el ritmo de “Daisy, Daisy...” sino que, al contrario, se movía al compás de “Mar-ga-ri-ta...”

Volvamos otra página... ¿Qué ocurre? ¿Una lluvia primaveral? No, es el gorjeo de los pájaros que cae como una descarga de perdigones sobre los paraguas, pues aquí se nos ofrecen los verdaderos canarios de las montañas Hartz, jaulas llenas de mirlos y pinzones, cestas repletas de cantarines y parlanchines alados. Cuerpos estilizados, tan ligeros que parecen rellenos de algodón, saltando, girando encima de lisas y chirriantes clavijas, como cuclillos de reloj, con gargantas llenas de gorjeos, son el consuelo de la soledad, reemplazan en los solteros el calor del hogar familiar, conmovedores retoños que despiertan en los corazones más duros el dulce sentimiento maternal. Y, todavía al volver la página, su seductor canto aún nos perseguía.

Más lejos, aquellos tristes despojos del Libro se hundían cada vez más en la decadencia. Se extraviaban por caminos indefinibles de una sospechosa charlatanería. Vestido con un largo abrigo, la sonrisa semioculta por la

barba negra, ¿quién era aquel que ofrecía sus servicios al público? El señor Bosco de Milán, maestro de la magia negra, que hablaba larga y confusamente, haciendo una demostración sobre la punta de los dedos, lo que no hacía las cosas más comprensibles. Y aunque él mismo estuviese convencido de llegar a conclusiones sorprendentes que parecía sopesar un segundo en su mano antes de que hubiese desaparecido en el aire su efímera significación, y a pesar de subrayar sus sutiles giros dialécticos con un visible movimiento de sus cejas anunciando las cosas más extraordinarias, no se comprendía nada, o aún peor, no se deseaba comprender nada y se le abandonaba, a él y sus gesticulaciones, su voz apagada y toda su gama de oscuras sonrisas, para hojear rápidamente las últimas y deterioradas páginas.

En esas últimas páginas que, con toda evidencia, zozocaban en la divagación, en un escandaloso non-sens, un gentleman proponía un infalible método para ser enérgico y firme en sus decisiones, y hablaba mucho de principios y de carácter. Pero bastaba con volver la página para quedar totalmente desorientado sobre esas cuestiones de principios y de carácter.

En efecto, una cierta Magda Wang aparecía aquí con pequeños pasos obstaculizados por la cola de su vestido, y declaraba desde la altura de su escote que se burlaba de la firmeza y de los hombres, pues su especialidad era la de romper los caracteres más fuertes. [Aquí, con un movimiento del pie, disponía la cola del vestido en el suelo]. Para este fin existen métodos, decía con los dientes apretados, métodos infalibles sobre los cuales no quería extenderse, remitiendo al público a sus memorias tituladas *Días de color púrpura* (Ediciones del Instituto Antroposófico de Budapest), donde había expuesto las conclusiones de sus experiencias coloniales en el ámbito



del amaestramiento de hombres [enfaticaba esa expresión con un brillo de ironía en los ojos]. Y, cosa extraña, aquella dama que se expresaba desganadamente y sin vergüenza parecía segura de la aprobación de aquellos a quienes se refería con tanto cinismo, de tal manera que, atrapados en un vértigo extraño, sentíamos que el sentido de las definiciones morales se había curiosamente desplazado, y que nos encontrábamos en otro clima, donde la brújula funcionaba al revés.

Esa era la última palabra del Libro, que dejó en mí el sabor de un extraño aturdimiento, mezcla de hambre y excitación del espíritu.

V

Inclinado sobre el Libro, con el rostro resplandeciente como un arco iris, me consumía silenciosamente de éxtasis en éxtasis. Sumido en la lectura me olvidé de la comida. Mi presentimiento no me había engañado. Era el Auténtico, el sagrado original, aunque en un estado de reducción, de degradación extremas. Y cuando hacia el crepúsculo, con una sonrisa feliz colocaba los jirones en el fondo de un cajón recubriéndolos con otros volúmenes para mejor disimularlos, tuve la impresión de arropar en su cama a la aurora que eternamente se encendía por sí misma, atravesaba todos los fuegos y todos los púrpuras y no quería extinguirse.

¡Qué indiferentes se me hicieron todos los libros!

Porque los libros ordinarios son como meteoros. Cada uno de ellos tiene un momento, un instante en el que gritando vuela como el ave fénix, con todas sus páginas

ardiendo. Por ese instante, por ese único momento los amamos más tarde aunque entonces no sean ya más que cenizas. Con una amarga resignación recorreremos a veces sus ya frías páginas, desgranando como un rosario sus fórmulas muertas con un ruido de claquetas.

Los exégetas del Libro afirman que todos los libros tienden al Auténtico. Viven una vida prestada que, en el momento del vuelo, regresa a su antigua fuente. Eso significa que los libros desaparecen, mientras que el Auténtico crece. Pero no tenemos la intención de aburrir al lector con una exposición de la Doctrina. Quisiéramos simplemente llamar su atención sobre una cosa: el Auténtico vive y crece. ¿Qué significa eso? He aquí: la próxima vez que abramos el desgastado *infolio* quién sabe dónde estarán Anna Csillag y sus fieles. Quizá la veremos, peregrina de largos cabellos, barriendo con su abrigo los caminos de Moravia, deambulando a través de un país lejano, atravesando pequeños pueblos blancos sumergidos en la prosa cotidiana, distribuyendo muestras del bálsamo *Elsa-loción* entre las inocentes criaturas de Dios atormentadas por las hemorragias y la sarna. Ah, ¿qué harán entonces los benévolos barbudos de su pueblo natal, inmovilizados por sus enormes pelambreras, qué harán sus fieles seguidores condenados a cuidar y administrar sus abundantes cultivos? Quién sabe, acaso se compraron todos unos verdaderos organillos de las montañas Schwarzwald y marcharon tras las huellas de su apóstol, buscándola por todo el país siempre al son de "Daisy, Daisy".

¡Ah, odisea de barbudos errando con sus organillos de pueblo en pueblo a la búsqueda de su madre espiritual! ¿Se encontrará alguna vez un rapsoda digno de tal epopeya? ¿En qué manos dejarán la ciudad confiada a su protección, a quién transmitirán el gobierno de las almas de

la ciudad de Anna Csillag? ¿Acaso no hubieron podido prever que, privada de su élite espiritual, de sus soberbios patriarcas, la ciudad caería en la duda y la herejía, abriendo sus puertas –¿a quién?– ¡ah!, a la cínica y pérfida Magda Wang (Ediciones del Instituto Antroposófico de Budapest) quien fundará allí una escuela de amaestramiento y doma de caracteres?

Pero volvamos a nuestros peregrinos.

¿Quién no conoce a esa vieja guardia, a esos cimbras nómadas, de oscuro color ala de cuervo y cuerpos aparentemente robustos, hechos de tejidos sin jugos ni vigor? Todo su poder, toda su fuerza se concentró en el pelo. Los antropólogos se rompen la cabeza desde hace tiempo en torno al problema de esa extraña raza, siempre vestida de negro, con gruesas cadenas de plata sobre sus barrigas, y los dedos cubiertos de macizas sortijas de latón.

Me gustan esos Gaspar, o esos Baltasar, su profunda seriedad, que sean decorativos y fúnebres, soberbios ejemplares de virilidad de bellos ojos negros y brillantes como granos de café torrefacto, me gusta la noble falta de vitalidad de sus cuerpos exuberantes y esponjosos, la *morbidezza* de las familias decadentes, la respiración entrecortada de su poderoso pecho, e incluso ese olor a valeriana que despiden sus barbas.

Como los Ángeles de la Faz aparecen a veces inesperadamente ante el umbral de nuestras cocinas, enormes, jadeantes y enseguida cansados; se secan la frente húmeda, moviendo las escleróticas azuladas de sus ojos; en ese momento olvidan su mensaje y, extrañados, buscando un pretexto a su presencia, tienden la mano pidiendo limosna.

Volvamos al Auténtico. ¡Pero si no lo hemos abandonado nunca! Indiquemos aquí una cualidad extraña del deterio-

rado *infolio*, ya evidente para el lector: que el Libro se desarrolla y crece durante el transcurso de la lectura, que se hace ilimitado y se abre a todas las fluctuaciones y flujos.

Por ejemplo, ahora ya nadie ofrece canarios de las montañas Hartz; los organillos expanden sus notas abigarradas y la plaza del mercado se cubre como de signos multicolores. Ah, proliferación centelleante y gorjeante... En torno a cada relieve, veleta o banderín, se originan atascos, aleteos, luchas por el espacio vital. Y basta con sacar por la ventana el pomo de un bastón para retirarlo cubierto de un racimo pesado y bullicioso.

Ahora nuestro relato se acerca a grandes pasos a esa época soberbia y desastrosa que en nuestra biografía lleva el nombre de época genial.

En vano negaríamos que sentimos desde ahora cómo nos oprime el corazón, esa dulce inquietud, esa aprehensión sagrada que preceden a las cosas últimas. Pronto faltarán colores en nuestra paleta y brillo en nuestra alma para poner los acentos más fuertes, trazar los contornos más luminosos y ya trascendentes de esa pintura. ¿Qué es entonces la época genial y cuándo ocurrió?

Aquí, estamos obligados a volvernos completamente esotéricos, como el señor Bosco de Milán, y a bajar la voz hasta un insinuante murmullo. Debemos puntuar nuestro razonamiento con sonrisas ambiguas y aplastar entre la punta de los dedos, como una pizca de sal, la materia delicada de los imponderables. No será culpa nuestra si a veces nos parecemos a esos vendedores de telas invisibles, que, con gestos sutiles, hacen la demostración de su engañosa mercancía.

Entonces, la época genial, ¿acaeció o no acaeció?

Es difícil responder. Sí y no. Porque hay cosas que no pueden ocurrir enteramente, hasta el final. Son demasiado



grandes para caber en un acontecimiento, demasiado espléndidas. Intentan solamente ocurrir, tantean el suelo de la realidad: ¿soportará su peso? Y enseguida retroceden, temiendo perder su integridad con una realización imperfecta. Si ocurre que han mermado su capital, han perdido esto o aquello en sus intentos de encarnación, pronto, celosas, recogen su bien, se reconstituyen, dejando en nuestra biografía manchas blancas, estigmas perfumados, plateadas huellas de pies desnudos de ángeles diseminadas aquí y allá a través de nuestros días y noches.

Y sin embargo, en cierto sentido, el genio está contenido íntegramente en cada una de sus enfermizas y fragmentarias encarnaciones. Es aquí donde interviene el fenómeno de la representación: un acontecimiento insignificante y pobre en cuanto a su origen y sus medios propios, si se acerca al ojo puede abrir hacia el interior una perspectiva infinita y resplandeciente, porque el ser superior brilla allí con una luz violenta e intenta expresarse en él.

Vamos entonces a recoger alusiones, arriesgados planes terrenales, estaciones y etapas por los caminos de nuestra vida, trozos de un espejo roto.

Vamos a recoger por pequeños fragmentos lo que es uno e indivisible: nuestra gran época, la época genial de nuestra vida.

Intimidados por la inmensidad de lo trascendente, quizás la hemos limitado demasiado, y puesto en duda también demasiado.

Porque, a pesar de todas las reservas, ha existido.

Ha existido y nada nos quitará esa certeza, ese sabor luminoso que permanece todavía en la lengua, ese fuego frío en el paladar, suspiro vasto como el cielo y fresco como un trago de puro azul celeste.

¿Hemos preparado un poco al lector para las cosas que van a seguir, podemos arriesgar un viaje a la época genial? Nuestra zozobra ha contagiado al lector. Sentimos su nerviosismo. A pesar de nuestra aparente vehemencia, también nosotros tenemos el corazón pesado y lleno de aprensión.

En nombre de Dios: ¡subamos, y en marcha!



K. 2009
A. 863/15



Los sucesos ordinarios están alineados en el tiempo, permanecen enhebrados en su curso como en un hilo. Allí tienen sus antecedentes y sus consecuencias que, apretujándose, se pisan los talones sin parar, sin cesar. Esto también tiene su importancia en la narración y que su alma es la sucesión y la continuidad.

Mas, ¿qué hacer con los acontecimientos que no tienen su propio lugar en el tiempo, los acontecimientos que llegaron demasiado tarde, cuando el tiempo ya había sido distribuido, compartido, descompuesto, y ahora se hallan suspendidos, no clasificados, flotando en el aire desamparados y errantes? ¿Acaso el tiempo es demasiado insignificante para todos los sucesos? ¿Es posible que todas las localidades del tiempo fuesen vendidas? Preocupados, corremos a lo largo del tren de sucesos preparándonos para el viaje. Por el amor de Dios, ¿acaso no hay aquí venta de billetes para el tiempo?... ¡Señor revisor!

¡Calma! Sin pánico, lo arreglaremos calladamente con nuestros propios medios.

¿Habrá oído hablar el lector de los carriles paralelos del tiempo en el tiempo de doble vía?

Sí, existen ramificaciones del tiempo, en verdad algo ilegales y problemáticas, que llevan un contrabando semejante al nuestro, ese acontecimiento fuera de lugar, inclasificable, y uno no puede mostrarse demasiado exigente.

Intentemos, pues, encontrar en algún punto de la narración un desvío, un callejón sin salida, para arrojar allí esa

historia ilícita. Sin miedo, sucederá imperceptiblemente, el lector no sufrirá ningún trauma. Quien sabe, quizá, mientras estamos hablando de ello, la dudosa maniobra ya ha sido realizada y avanzamos por la vía paralela.

II

Mi madre se precipitó en la habitación muy asustada y rodeó mi grito con sus brazos queriendo apagar su incendio, sofocarlo en los pliegues de su amor.

Cerró mi boca con la suya y gritó conmigo.

Mas la rechacé y, mostrando la columna de fuego, aquella viga dorada llena de brillo y polvo que atravesando el aire como una astilla no dejaba abatirse, grité:

– ¡Arráncala, arráncala!

La estufa de carbón se hinchó mostrando un enorme garabato coloreado pintado en su frente, la sangre subió a las venas y parecía que de esa convulsión de arterias y tendones, de toda esa henchida anatomía a punto de estallar, se liberaría con un agudo grito de gallo.

Permanecía así con los brazos en cruz, con los dedos estirados, alargados, apuntando furioso, severamente preocupado, derecho como un poste de señales y temblando de emoción.

Mi mano pálida, ajena, me llevaba, me arrastraba, tiesa, era una mano de cera como las enormes manos votivas, como una mano angelical alzada en juramento.

Fue a finales del invierno. Los días con charcos de agua y calor solar dejaban en el paladar un sabor a fuego y pimienta. Los cuchillos relucientes cortaban la pulpa de miel del día en surcos plateados, en prismas repletos de

colores y brillantes especias. La esfera del mediodía acumulaba en reducido espacio todo el brillo de aquellos días indicando las horas ardientes y llenas de fuego.

A esa hora, al no poder dar cabida al calor, el día se pelaba en placas de latón plateadas, en hojas crujientes de estaño y capa tras capa iba descubriendo su corazón resplandeciente. Y, como si fuera poco, las chimeneas lanzaban nubes de humo argentado y cada instante explotaba con una elevación de ángeles, una tormenta de alas devoradas por el insaciable cielo, siempre abierto a nuevas explosiones. Sus claros relámpagos estallaban en blancos plumeros, las lejanas fortalezas se abrían en silenciosos abanicos de amontonadas erupciones bajo la brillante ráfaga de una invisible artillería.

En la ventana del cuarto, colmada de cielo, las interminables olas ascendían hasta romperse en las cortinas en llamas, humeantes; se sumergían en el fuego sombras doradas y vibrantes torbellinos de aire. En la alfombra yacía un oblicuo y ardiente cuadrilátero, ondeante en su claridad, sin poder despegarse del suelo. Esa columna de fuego me indignaba profundamente. Permanecí hechizado, con las piernas abiertas, lanzándole insultos con voz indiferente, ajena.

En el umbral, en el vestíbulo, consternados, asustados, levantando los brazos hacia el cielo, estaban mis parientes, mis vecinos, mis engalanadas tías. Se acercaban de puntillas y volvían a alejarse, miraban a través de la puerta llenos de curiosidad. Yo gritaba.

– ¡Veis –grité a mi madre y a mi hermano–, os dije siempre que todo estaba detenido, uncido al aburrimiento, aprisionado! ¡Ahora mirad qué diluvio, qué florecimiento de todo, qué dulzura!...

Lloraba de felicidad e impotencia.

– ¡Despertaos –exclamé–, venid a ayudarme! ¡Solo no

puedo hacer frente a esta inundación, no puedo abrazar este diluvio...! Yo solo, ¿cómo podré contestar al millón de preguntas deslumbrantes con las que Dios me inunda?

Y como callaban, grité furioso: –¡Deprisa, capturad de lleno esa abundancia, haced provisiones!

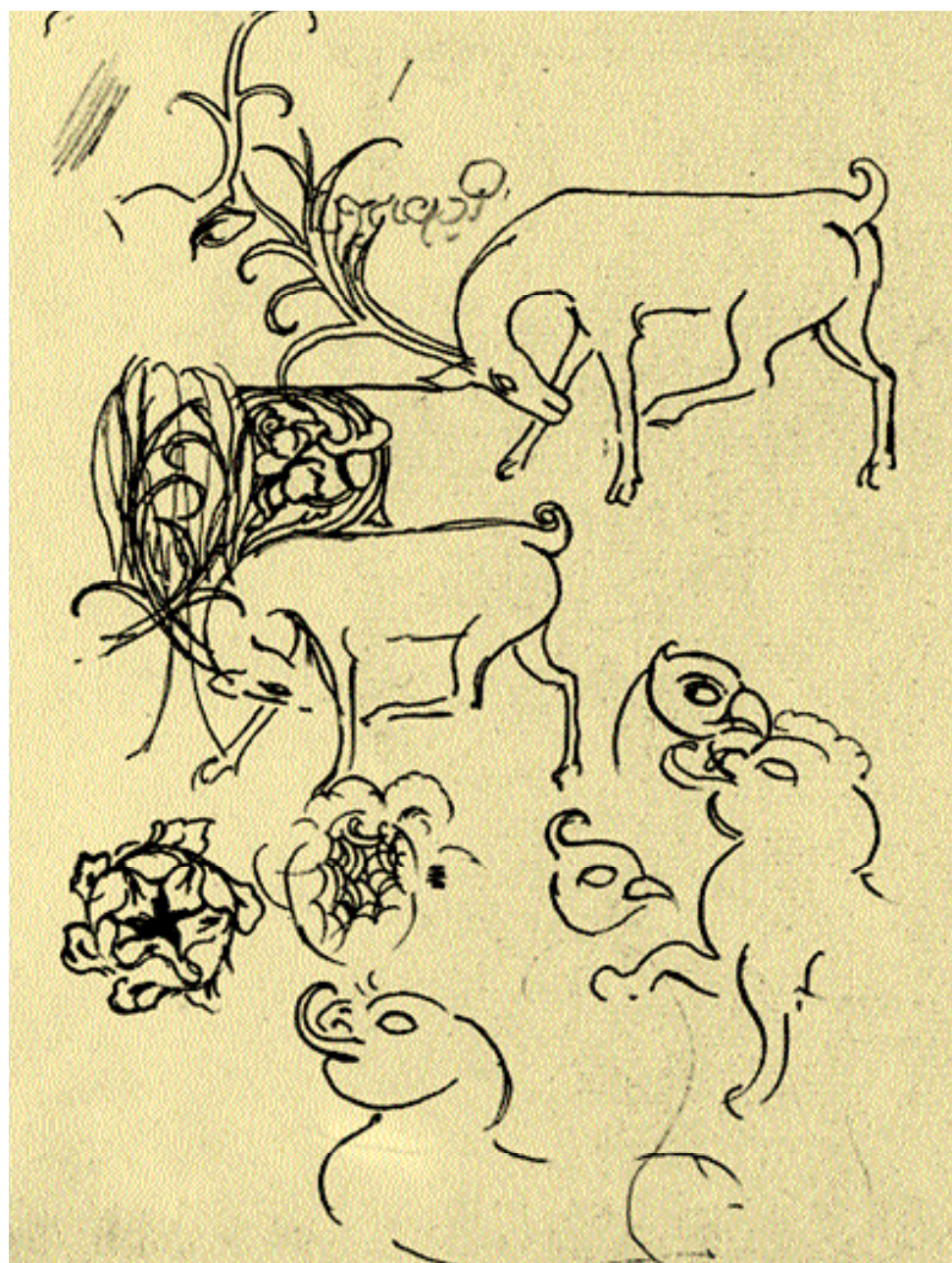
Pero nadie pudo echarme una mano: estaban allí, desamparados, mirándose unos a otros y ocultándose detrás de la espalda del vecino.

Entonces comprendí lo que tenía que hacer.

Apasionadamente, empecé a sacar de los armarios los viejos *infolios* y libros de cuentas de mi padre, semidestrozados y cubiertos de escritos, y comencé a arrojarlos al suelo bajo aquella columna de fuego que ardía colgada en el aire. No tenía suficiente papel. Mi madre y mi hermano traían sin parar nuevas brazadas de viejos periódicos que amontonaban en el suelo. Yo, sentado entre aquellos papeles, cegado por la luz, con los ojos llenos de explosiones, cohetes y colores, dibujaba. Dibujaba deprisa, con pánico, sobre las páginas impresas y garabateadas. Mis lápices de colores recorrían las columnas de textos ilegibles poblándolas de geniales garabatos, de caracoleadas vueltas, estrechándose de repente en anagramas visio-narios, en luminosas revelaciones, que después se volvían a desatar en forma de relámpagos vacíos y ciegos en busca de la inspiración.

¡Ah, esos dibujos luminosos que surgían como bajo una mano ajena!; ¡oh, esos colores transparentes! Cuántas veces hoy todavía, después de tantos años, los hallo en sueños, en el fondo de viejos cajones, brillantes y frescos como el alba, aún húmedos del primer rocío matinal: ¡figuras, paisajes, rostros!

¡Ah, esos azules celestes que congelan la respiración con un toque de miedo!, ¡oh, esos verdes más verdes que la sorpresa!, ¡oh, esos preludios y gorjeos de colores



apenas presentidos, intentando encontrar su nombre! ¿Por qué los malgasté entonces en la despreocupación de la abundancia con una impensable ligereza? Consentí a los vecinos revolver y saquear aquel amasijo de dibujos. Se llevaron pilas enteras. ¿En qué casas pararán, en qué basureros estarán perdidos? Adela empapeló la cocina con ellos que se volvió luminosa y multicolor, como si por la noche hubiera nevado detrás de las ventanas.

Aquella manera de dibujar estaba llena de crueldad, trampas y agresiones. Cuando me sentaba así, tenso como la cuerda de un arco, inmóvil y acechante mientras los papeles ardían en cegadoras llamas, bastaba con que el dibujo, atrapado en mi lápiz, hiciera el más leve intento de escapar. Entonces mi mano, convulsionada por nuevos reflejos e impulsos, se lanzaba encima felinamente. Y, ya ajena, salvaje, rapaz, con rápidas mordeduras, mataba al monstruo que intentaba escapar al lápiz. Y sólo entonces se relajaba, cuando ya muertos e inmóviles los cadáveres desplegaban sobre un cuaderno, como en un herbario, su multicolor y fantástica anatomía.

Era una cacería mortal, una lucha a vida o muerte. ¿Quién podría distinguir al agresor de la víctima en ese nudo donde brotaba la rabia, en ese enredo de gañidos y terror? Sucedió que mi mano arremetía dos o tres veces para, en la cuarta o quinta hoja, alcanzar a su víctima. A menudo gritaba de dolor y miedo cogido entre las tenazas de esos monstruos que serpenteaban bajo mi bisturí. De hora en hora las visiones se multiplicaban, se apelmazaban y formaban atascos hasta que un día todos los caminos y senderos se llenaron de procesiones y todo el país se ramificó en múltiples peregrinajes de criaturas extrañas y de animales.

Al igual que en los días de Noé fluían esos cortejos multicolores, esos ríos de pelajes y crines, esos ondeantes

lomos y rabos, esas cabezas aprobadoras, al ritmo de sus pasos.

Mi habitación constituía la frontera y la barrera. Aquí se detenían, se apretujaban con balidos suplicantes, daban vueltas, pisoteaban nerviosa y salvajemente criaturas jorobadas y cornudas embutidas en pelajes y armaduras zoológicas, y, asustadas unas de otras, miraban con ojos sorprendidos y temerosos a través de los orificios de sus tupidas pieles mugiendo lastimeramente, amordazadas en sus máscaras.

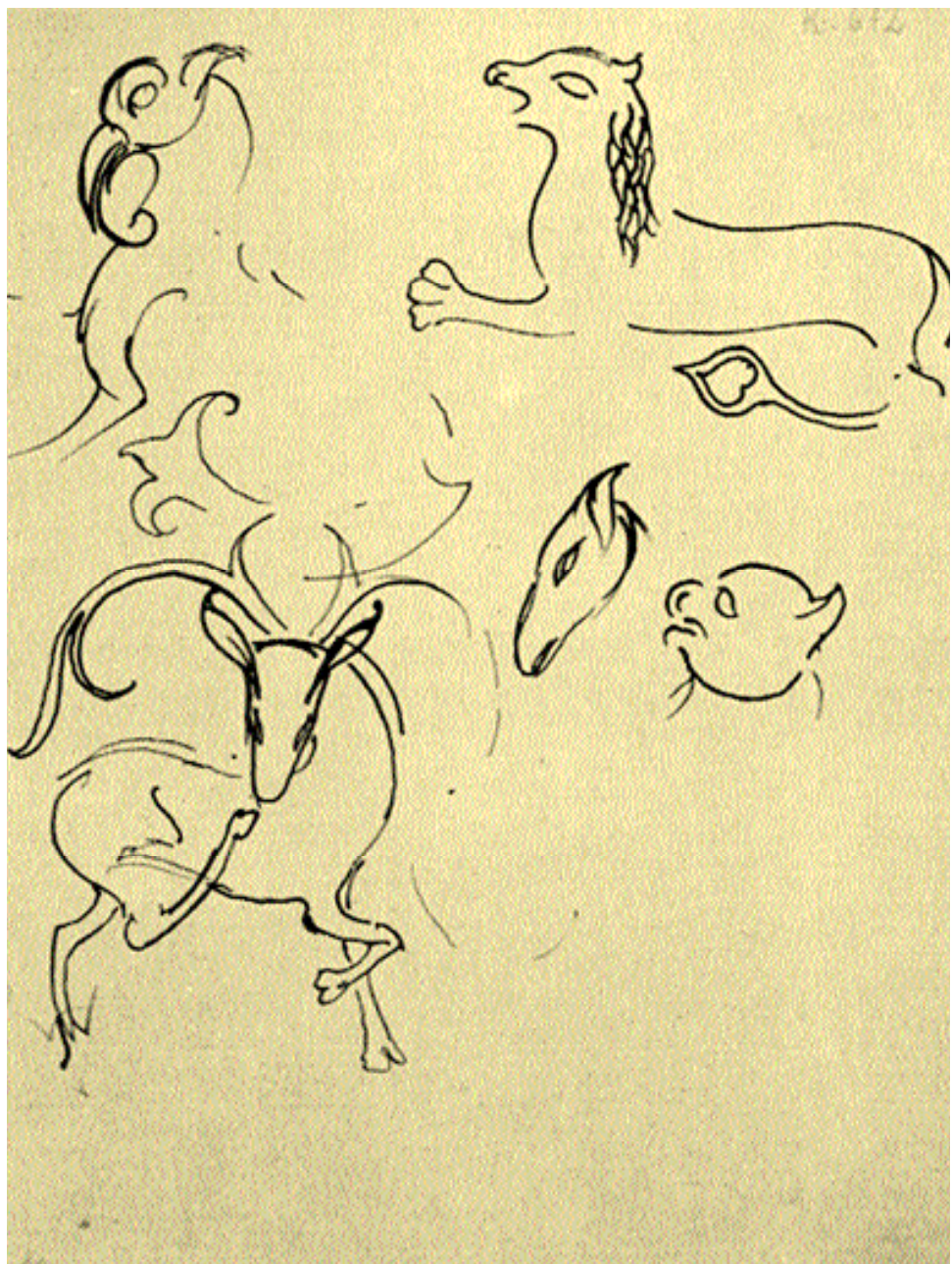
¿Acaso esperaban que las nombrara, que les desvelara un misterio que ni ellas mismas comprendían? ¿Acaso me preguntaban un nombre para entrar en él y llenarlo con su propio ser?

Acudían extraños leviatanes, criaturas-preguntas, criaturas-proposiciones y tuve que ponerme a gritar y ahuyentarlos con mis propias manos.

Se apartaban a reculones, bajando la cabeza, mirando de reojo, se dispersaban y volvían a regresar para fundirse en un caos sin nombre, en un revoltijo de formas. ¡Cuántos lomos horizontales y jorobados pasaron bajo mi mano, cuántas cabezas se deslizaron bajo mi caricia aterciopelada!

Comprendí entonces por qué los animales tenían cuernos. Éstos eran todo lo inexplicable que no cabía en sus vidas, un capricho salvaje e inoportuno, una irrazonable y ciega obstinación, una *idé fixe* que sobrepasó los límites de su ser y que, sumergida repentinamente en la luz, se coaguló formando una materia tangible y dura. Adquirió así una forma imprevisible, increíble, retorcida en arabescos fantásticos y aterradores e invisible a sus ojos, una cifra desconocida, bajo cuya amenaza vivían los animales. Comprendí por qué esos animales eran dados al pánico irracional y feroz: sumidos en la locura no podían liberar-

K-672



se del enredo de sus cuernos, entre los cuales, cabizbajos, miraban tristes y encolerizados buscando una salida entre sus astas. Aquellos animales estaban lejos de ser liberados, portaban sobre su cabeza, con resignación y pena, los estigmas de su error.

No obstante, los gatos todavía se encontraban más alejados de la luz. Su perfección asustaba. Encerrados en la precisión de sus cuerpos, no conocían el error ni la digresión. A veces descendían por un instante al fondo de su ser; inmovilizados en su pelaje, se volvían serios, amenazadores y solemnes, y sus ojos se ponían redondos como la luna, absorbiendo la luz en sus embudos de fuego... Mas, un momento después empujados a la superficie, devueltos a la orilla, bostezaban su propio vacío, desencantados y sin ilusiones.

Su vida estaba hecha de una contenida gracia que no dejaba lugar a una alternativa. Aburriéndose en su cárcel de perfección sin salida, penetrados de *spleen*, afectaban, con el labio fruncido, una crueldad sin objeto en su pequeña cara, alargada por hirsutos y oscuros pelos.

Más abajo se deslizaban furtivamente los hurones, los turones y los zorros, ladrones en el reino animal, criaturas de mala conciencia. Alcanzaron su lugar en la existencia mediante la intriga, la trampa, contrariamente al plan de la creación; perseguidos por el odio, amenazados, siempre alerta, siempre temerosos, amaban ardientemente su vida robada, oculta en las madrigueras; estaban dispuestos a dejarse desgarrar por defenderla.

Al final pasaron todos y el silencio se hizo en mi habitación. Me puse de nuevo a dibujar sumido en mis papeles bañados en luz. La ventana estaba abierta y sobre el alféizar tórtolas y palomas temblaban al contacto de la brisa primaveral. Inclinando la cabeza, mostraban inquietas el

perfil de un ojo redondo y vidrioso, dispuestas a emprender el vuelo. Los días tornábanse suaves, opalinos y luminosos, o, a veces, nacarados, llenos de una velada dulzura.

Llegaron las fiestas de Pascua y mis padres se fueron durante una semana para visitar a mi hermana casada. Me dejaron solo en casa presa de mis inspiraciones. Adela me traía todos los días el desayuno y la comida. No advertía su presencia cuando aparecía en el umbral, respirando la primavera en su vestido de tul y volantes.

A través de la ventana abierta entraban ligeros efluvios llenando la estancia con el reflejo de lejanos países. Durante un instante aquellos colores de claras lejanías se mantenían en el aire para diluirse enseguida, dispersarse, y ser reemplazados por sombras azules, por la ternura y la emoción. La avalancha de imágenes cedía poco a poco, la fuerza de las visiones se atenuaba.

Me hallaba sentado en el suelo. A mi alrededor yacían lápices, pastillas de acuarelas, colores divinos, los frescos azules, los verdes perdidos en los límites del asombro. Y cuando cogía el lápiz rojo, se abrían paso en el luminoso mundo fanfarrias de un feliz color escarlata, y en todos los balcones rompían olas de rojas banderas y las casas se ponían en fila a lo largo de las calles en una línea recta, triunfal. Los desfiles de los bomberos municipales en uniforme color frambuesa se pavoneaban sobre los claros felices caminos, y los hombres saludaban con sus sombreros color cereza. Una dulzura de cereza, el canto de los pinzones, inundaban el aire saciado de lavanda y suaves destellos.

Y cuando cogía el color azul, el reflejo cobaltado de la primavera pasaba por todas las calles y penetraba por todas las ventanas, que, al abrirse, dejaban oír una tras

otra el tintineo de sus cristales, colmados de azul y fuego celestial; los visillos se erguían como alarmados y una ligera y alegre corriente empujaba aquellas ondeantes muselinas y adelfas en los balcones vacíos, como si a lo lejos, en el otro extremo de aquella larga y clara avenida, alguien hubiera aparecido y, radiante, se acercara precedido por la noticia, por el presagio, anunciado por el vuelo de las golondrinas, por las señales luminosas que se percibían aquí y allá.

III

Precisamente durante las Pascuas, a finales de marzo o comienzos de abril, Szloma, hijo de Tobiasz, abandonaba la prisión en la que lo encerraban durante el invierno a causa de sus escándalos, de sus locuras veraniegas y otoñales. Una tarde de esa primavera, lo vi desde mi ventana, saliendo del peluquero que hacía a la vez de sacamuelas y cirujano de la ciudad; con una elegancia adquirida bajo el rigor carcelario, abrió la puerta acristalada, resplandeciente, y descendió los tres escalones de madera, lozano y rejuvenecido, con la cabeza cuidadosamente rasurada, vestido con una chaqueta algo corta y un pantalón a cuadros, también corto, delgado y con aire juvenil a pesar de sus cuarenta años.

La plaza de Santa Trinidad estaba vacía y limpia. Tras los deshielos primaverales y el fango, que barrieron más tarde las lluvias torrenciales, el pavimento se veía ahora lavado, seco, como consecuencia de numerosos días de un tiempo apacible y discreto, días ya largos, quizá incluso demasiado amplios para aquella estación precoz, casi



desmesuradamente alargados, sobre todo al atardecer, cuando el crepúsculo se estiraba interminablemente, todavía vacío y estéril en su inmensa espera.

Cuando Szloma hubo cerrado la puerta acristalada de la peluquería, el cielo la llenó inmediatamente, como llenaba todas las pequeñas ventanas de aquella casa, abierta a la umbrosa profundidad del firmamento.

Habiendo descendido la escalera, Szloma se encontró completamente solo al borde de la gran concha vacía de la plaza, cubierta por el azul del cielo sin sol. La plaza, grande y limpia, parecía aquella tarde una bola de cristal, un año nuevo no empezado todavía. Szloma se detuvo al borde, completamente apagado y gris, atrapado entre tonalidades azulosas, sin atreverse a romper la perfecta esfera del día aún no utilizado.

Sólo una vez en el transcurso del año, el día en que salía de la prisión, Szloma se sentía tan puro, nuevo y ligero. El día lo recibía lavado de sus pecados, renovado, reconciliado con el mundo, y abría ante él sus horizontes puros, orlados de una silenciosa belleza.

No se apresuraba. Detenido en el borde del día, no se atrevía a pasar, a rayar con su paso menudo y juvenil en el que se insinuaba una leve cojera, la concha de la tarde delicadamente abovedada.

Una sombra transparente se extendía sobre la ciudad. El silencio de las tres de la tarde subrayaba la resplandeciente blancura de tiza de las casas que se desplegaban sin ruido, como los naipes de una baraja, alrededor de la plaza. Apenas vislumbradas esas imágenes, ya estamos dando otros naipes que extraen sus reservas de blancura de la gran fachada barroca de la iglesia de Santa Trinidad, que ordenaba presurosamente su agitado ropaje: inmensa camisa divina cayendo del cielo, plegada en pilastras y vanos, henchida de volutas y arquivoltas patéticas.

Szloma levantó el rostro y aspiró el aire. Una ligera brisa le trajo el perfume de las adelfas, el olor de los aderezos pascuales y de la canela. Entonces estornudó ruidosamente, y, aquel estornudo, llevó a las palomas que estaban sobre el tejado del puesto de policía a emprender un asustado vuelo. Szloma sonrió: por el temblor de sus narices, Dios le anunciaba la llegada de la primavera. Era aquella una señal más infalible que el regreso de las cigüeñas; a partir de entonces, los días iban a estar marcados por esas explosiones que, perdidas entre el ruido de la ciudad, aquí y allá, añadían su ingenioso comentario a los acontecimientos.

– ¡Szloma! –exclamé desde la ventana de nuestro piso.

Szloma advirtió mi presencia y me envió su agradable sonrisa y un saludo militar.

– Estamos solos en la plaza tú y yo –dije a media voz, pues la bola del cielo resonaba como un tonel.

– Tú y yo –repitió con una triste sonrisa–. ¡Qué vacío está el mundo hoy!

Podríamos dividirlo y nombrarlo de nuevo: yace abierto, desamparado, sin pertenecer a nadie. Un día como éste, el Mesías se acerca hasta el borde del horizonte y contempla la tierra. Y cuando la ve así, blanca y silenciosa bajo el cielo azul, puede ocurrir que los límites se difuminen bajo su mirada, que azulosas estelas de nubes formen una escala bajo sus pies y que descienda a la tierra sin saber él mismo lo que hace. Sumida en la ensoñación, la tierra no reparará en aquel que habrá descendido sobre sus caminos, y los hombres una vez despiertos de la siesta no recordarán nada. La historia será borrada y todo volverá a ser como en los siglos de los siglos, antes del comienzo.

– ¿Adela está en casa? –preguntó sonriendo.

– No hay nadie, pasa un momento. Te enseñaré mis dibujos.

– Si no hay nadie, no rechazaré ese placer. Abre la puerta.

Después entró, echando a derecha e izquierda una mirada de ladrón.

IV

– Son unos dibujos formidables –decía–, retirándolos de sus ojos con gesto de experto. Su cara se iluminaba con el reflejo de los colores y las luces. A veces ponía una mano semicerrada alrededor del ojo y miraba a través de ese catalejo improvisado, con los rasgos contraídos por una mueca de seriedad y conocimiento.

– Se podría decir –continuó– que el mundo pasó por tus manos para renovarse y mudarse y cambiar de piel como un maravilloso lagarto. Ah, ¿crees que yo hubiera robado y cometido tantas locuras si el mundo no estuviese tan usado y decaído, si las cosas no hubieran perdido su dorada potestad, lejano resplandor de las manos divinas? ¿Qué se puede hacer en un mundo así? ¿Cómo no dudar, no decepcionarse, cuando todo está cerrado a cal y canto, el sentido amurallado en su entraña, y cuando tú golpeas siempre contra los ladrillos como contra el muro de una prisión? Ah, Józef, tú tenías que haber nacido antes.

Ambos permanecíamos de pie en la habitación semioscura y profunda, alargada en perspectiva hacia la ventana abierta sobre la plaza. De allí nos llegaban las pulsaciones ligeras de las olas de aire que se estiraban sin ruido. Cada sople traía una carga nueva, acompañada con los colores del horizonte, como si la anterior se hubiera desgastado



y agotado. Aquella habitación sólo vivía del reflejo de las casas distantes; como una cámara oscura, conservaba los colores en su profundidad. Por la ventana podía verse, como por el pequeño extremo de un antejo, sobre el tejado del puesto de policía a las palomas arrullándose y paseando a lo largo de la cornisa. En ocasiones, levantaban el vuelo todas juntas dibujando un semicírculo por encima de la plaza. Entonces, la pieza se iluminaba por un instante y los reflejos de sus alas abiertas parecían alargarla, después, se apagaba cuando al descender volvían a cerrar sus alas.

– A ti, Szloma – dije – puedo revelarte el secreto de estos dibujos. Desde el principio he dudado de ser realmente su autor. A veces me parecen un involuntario plagio, algo que me hubiera sido sugerido, aconsejado... como si una fuerza extraña se hubiera servido de mi inspiración para fines que ignoro. Porque he de confesártelo –añadí en voz baja mirándole a los ojos– encontré el Auténtico.

– ¿El Auténtico? –preguntó, con la cara iluminada por un súbito resplandor.

– Sí, además mira tú mismo –dije–, arrodillándome ante el cajón de la cómoda.

Saqué primero el vestido de seda de Adela, una caja con cintas, sus zapatos nuevos de tacón alto. La fragancia de los polvos y el perfume inundó la estancia. Finalmente, extraje todavía algunos libros; en el fondo se encontraba oculto, desde hacía tiempo, el Libro: y brillaba.

– Szloma –dije conmovido–, mira, aquí está...

Mas él, sumido en una profunda meditación, examinaba con la mayor seriedad el zapato de Adela que tenía en la mano.

– Esto, Dios no lo dijo –murmuró–, sin embargo, esto me ha convencido, desarmado, esto me ha privado de mi último argumento. Estas líneas irresistibles, conmovedora-

mente exactas, definitivas, golpean como el relámpago en el corazón de las cosas. ¿Cómo protegerse, qué oponerle cuando uno está ya vencido, traicionado por los aliados más fieles? Los seis días de la creación fueron claros y divinos. Mas, el séptimo día, Él sintió bajo sus dedos una trama extraña y, asustado, retiró las manos del mundo, aunque su vehemencia creadora hubiera sido calculada para muchas más noches y días. Ah, Józef, desconfía del séptimo día...

Y levantando con perplejidad el esbelto zapato de Adela, continuó, como hechizado por la irónica expresividad de aquella cáscara vacía y acharolada:

– ¿Comprendes el monstruoso cinismo de este símbolo en el pie de la mujer, la provocación de su andar perverso sobre esos rebuscados tacones? ¡Cómo podría abandonarte al poder de tal símbolo! Dios me libre...

Mientras decía esto, deslizaba hábilmente bajo su chaqueta los zapatos, el vestido, los collares de Adela.

– ¿Qué haces, Szloma? – dije asombrado.

Mas él se dirigía precipitadamente hacia la puerta, cojeando levemente, en su pantalón a cuadros un poco corto. Ya bajo el umbral, volvió hacia mí una cara gris, completamente borrosa, y, con un gesto tranquilo llevó la mano a sus labios. Después franqueó la puerta.

